

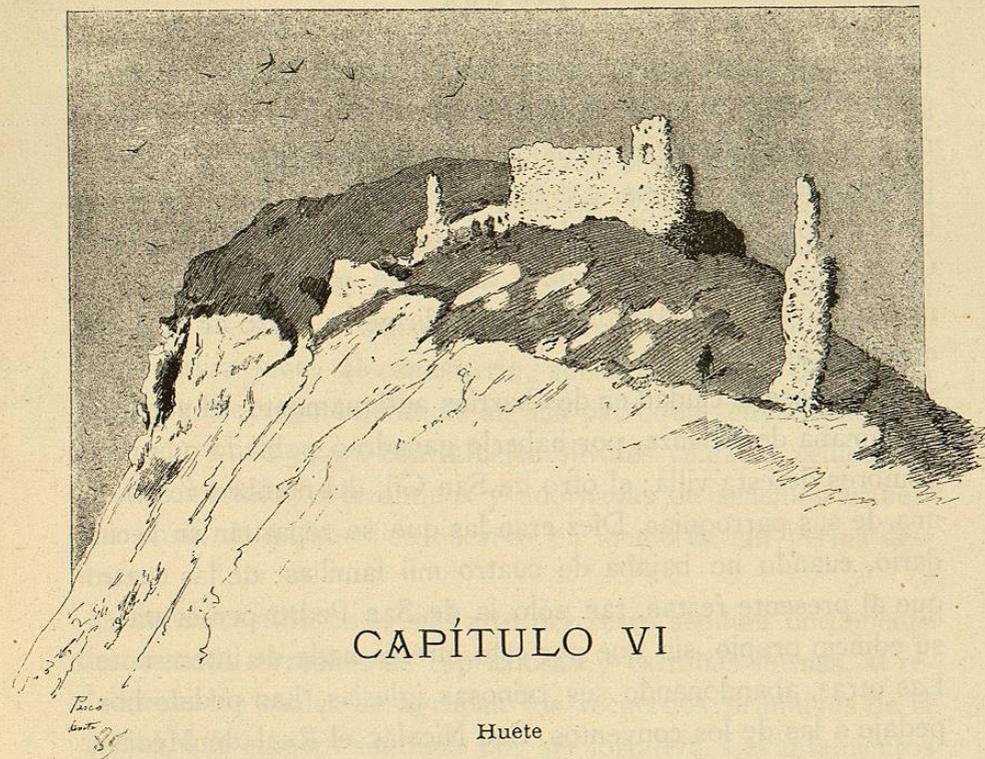
prole no correspondieron á los gastos, quedando por largo tiempo casi olvidados, hasta que recientemente han pasado á dominio particular, que de seguro les dará más importancia (a).

* No lejos de allí, y asimismo á un kilómetro de Beteta, brotan las aguas termales de una fuente llamada del Rosal, al pié del cerro llamado de los Castillejos, menos conocidas y exploradas que las anteriores. Otras fuentes hay también y aún menos conocidas en el término de Alcantud, llamado *Los Baños*, á una legua de este pueblo.

* Es notable en el término del pueblo llamado la Frontera, una corriente de agua, que después de recorrer unos seis kilómetros, viene á sumirse en terreno arcilloso, produciendo un ruido cavernoso y subterráneo, que parece indicar el choque con algunas otras aguas corrientes, ó con algún otro obstáculo en lo profundo de la sima.

* Tal es el carácter de este distrito, al que da su nombre el pueblo de Priego, señorial en otro tiempo, y por tanto de histórica nombradía. Sus altos cerros y picachos, sus angostas y oscuras hoces por donde los ríos pasan, más que corren, á duras penas; sus abundantes aguas, lagunas, manantiales de ríos, los macizos pinares ya hoy muy claros y no repoblados hacen que sea muy digno del estudio del geólogo y naturalista, á propósito para el admirador de la naturaleza y sus bellezas, sin necesidad de ir á Suiza; bello y admirable para el paisajista, pero escaso para el artista, el historiador y el arqueólogo.

(a) Fueron vendidas en 1872 á un farmacéutico de Madrid.



CAPÍTULO VI

Huete

CIUDADES hay que decaen de fortuna mas no de rango, que en ilustre pobreza mueren, sin transigir con su destino, y á las cuales sus propias ruinas sirven de grandioso mausoleo. No así la reducida Huete, que ni ha caído de tan alto, ni posee tales recuerdos y vestigios de grandeza, para que sin embargo de retener el vano título de ciudad no pueda resignarse á vivir en la condición y con la mera importancia de humilde villa. Situada en la pendiente de una colina, al pié de fuerte castillo, ha ido la población deslizándose hacia abajo, hasta salirse toda del recinto amurallado, que se mantiene en pié todavía, trocadas en boquerones algunas de sus ocho puertas y las otras en forma de arcos renovadas. Junto á una de éstas descuella en la plaza la torre de sillería donde está el reloj, terminada en cupulita y construída, al parecer, en el reinado de Felipe II; á un lado la cárcel, obra de los tiempos del último rey austriaco; al otro, sobre un

pórtico, las casas de Ayuntamiento. El caserío es regular en algunas calles; lo restante se compone de mezquinas chozas. Adorna su entrada hacia el mediodía un frondoso paseo con multiplicadas filas de chopos, y á su pié se dilata una hermosa vega, limitada por montecillos al horizonte y regada por el arroyo Cauda, que á su paso mueve cuantioso número de molinos, mientras que el río Mayor ó Huete, dirige su curso al N. hasta desembocar en el Guadiela.

Dividíase la ciudad en dos barrios antiguamente: el superior se llamaba de Atienza, por haberlo ganado ó poblado quizá los hombres de esta villa; el otro de San Gil, del nombre acaso de una de sus parroquias. Diez eran las que se repartían su vecindario, cuando no bajaba de cuatro mil familias: de las cuatro que al presente restan, tan sólo la de San Pedro persevera en su edificio propio, sin que por esto ofrezca nada de interesante. Las otras, abandonando sus ruinosas iglesias, han pedido hospedaje á las de los conventos. San Nicolás el Real de Medina, es decir *de la ciudad*, á la de jesuítas, fundada por el sacerdote Esteban Ortiz en 1570; San Esteban á la Merced; Santa María de Castejón á la de religiosas justinianas de Jesús María, erigida en el siglo XVI por el arcediano de Alarcón D. Marcos de Parada. Si algo de primoroso labró en Huete la arquitectura, es ciertamente la portada de esta iglesia, compuesta de cuatro columnas jónicas en el primer cuerpo con estatuas de San Pedro y San Pablo en los intercolumnios, de un bello relieve del nacimiento del Señor sobre la plateresca cornisa, y de figuras de las virtudes teologales y cardinales, descollando encima del frontón la Caridad. El templo contiene aún góticas reminiscencias y estimables pinturas y retablos; el de la Merced empero se recomienda menos por su barroco ornato que por su espacioso buque con cúpula y crucero, pegado á un vastísimo convento, cuyas interminables filas de balcones en sus dos fachadas, ancha escalera, espléndido refectorio y magnífico salón de biblioteca, acreditan la *indiana* opulencia del religioso que los costeó. Otros

conventos además poseía Huete: el de clarisas fundado en 1503; el de San Francisco, hoy casi arruinado en las afueras, que se envanecía de deber su erección en 1214 al mismo santo patriarca; el de Santo Domingo, que data de 1425, aunque todo renovado, menos una efigie vestida de armadura y echada la visera, que tal vez sea la de Andrés González de Monterroso, á quien los Reyes Católicos armaron caballero. Solitaria en la des poblada altura junto al cementerio, subsiste un trozo de antigua iglesia, resto seguramente de alguna parroquia, cuyo ábside rodean entre uno y otro contrafuerte ojivales ventanas ceñidas de dobles dentellones bizantinos y adornadas de sencillos arabescos, ruina de melancólico encanto en medio de tan yerma desnudez.

De su castillo en lo más alto del cerro asoman únicamente destrozados torreones de caprichosas y extrañas formas, al rededor de los cuales se agrupan los recuerdos primitivos de la ciudad, que empezó sin duda por ser fortaleza. Levantamientos y reducciones costosas señalan desde el principio la existencia de *hisn* Webde bajo el imperio de los califas; y en 797 aparece alzando bandera por el príncipe Abdala contra Alhakem, su sobrino, que la recobró dos años después á viva fuerza, en 854 por el rebelde Muza contra Muhamad, su soberano, en 886 por el aventurero Aben-Hafsun contra el joven califa Almondhir, que al pié de aquellos muros, envuelto por los enemigos, cayó pasado de innumerables lanzas. Que las llaves de su fortaleza figuraron entre los bienes dotales traídos por la hermosa Zaida á Alfonso VI y recobrados muy pronto por el alfanje mahometano, consta seguramente de las antiguas historias, mas no la época fija ni el afortunado conquistador que sobre sus almenas logró afianzar los pendones de Castilla, aunque es probable que cupiese esta gloria al séptimo Alfonso, ó á alguno de sus valientes capitanes. En vano volvió sobre Huete en 1172 con formidable ejército el amir de los almohades; una deshecha lluvia vino á reanimar el brío de los sedientos sitiados, desbaratando á

la vez el campamento de los sitiadores (1); y la enemiga hueste se alejó, como después en 1197, marcando sus asoladoras huellas en las campiñas. Un león rapante y una media luna forman acaso desde entonces el glorioso timbre de Huete.

Furor empero de civiles guerras había ya turbado á la recién ganada población durante la menor edad de Alfonso VIII, cuya tutela se disputaban al frente de dos partidos D. Fernando de Castro y D. Manrique de Lara. Trabaron sangrienta lid hacia 1167 en los vecinos campos de Garci Naharro los ejércitos de los dos poderosos rivales; y cuando D. Manrique, dirigiendo el blanco contra su personal enemigo, creía haberle ya derribado, reconoció á éste que trocada con su escudero la armadura revolvía sobre él con nuevo ímpetu, y al caer herido de muerte dicen que exclamó: «¡artero, artero, mas no buen caballero!» El castillo de Huete, adicto á Castro, recibió prisioneros á los vencidos jefes, y entre ellos á D. Nuño de Lara; pero éste, no menos artificioso que su adversario, pidióle libertad para dar sepultura al cadáver de su hermano D. Manrique, ofreciéndole volver en seguida; y ni el cadáver fué sepultado, ni volvió Don Nuño, alargando indefinidamente el plazo de su condicional promesa (2). Desde aquella población misma, confiando en su adhe-

(1) Así se lee en los Anales Toledanos primeros: «El rey de Marruecos Abenjacob vino á cercar á Huepte, e lidióla, e fué en hora de se perder la villa por sed; mas el día de Sta. Justa envióles Dios agua del cielo quanto ovieron menester, e fué la agua tan grand que desvarató las tiendas del rey moro. E era el cardenal de Roma en Toledo, e daba grandes solturas (indulgencias); e ayuntáronse todos los de España e fueron en acorro, e allegáronse hazes con hazes, e non lidiaron, e fuése el rey moro; mas de tornada que fizo, ganó el regno del rey Lop: era MCCX (1172 de C.)» Otra incursión del príncipe Taxfin por las tierras de Huete y Alarcón en 1137 mencionan las historias árabes; mas no parece que entonces poseyeran á Huete los cristianos, sino los musulmanes enemigos de los almoravides.

(2) Cuéntalo así Pedro de Medina en sus *Grandezas de España*, añadiendo que el cuerpo de D. Manrique metido en el ataúd fué puesto por su hermano sobre una torre del castillo de Tariego; pero el arzobispo D. Rodrigo atribuye dicho ardid á Rodrigo Gutiérrez, partidario de los Laras, cuyo hermano Alvar Gutiérrez murió en el mismo combate, y refiere otro artificio de D. Nuño de Lara, á saber, que cumplido el tiempo de su libertad se presentó en Dueñas al frente de 600 hombres armados á ponerse otra vez en manos de Castro, según decía; mas no atre-

sión ó en su fortaleza, D. Álvaro de Lara, el hijo de D. Nuño, gobernó á su capricho el reino, en 1216, á nombre de su joven pupilo Enrique I, de quien estaba apoderado. La importancia de Huete (*Opta* la llama latinizando su nombre el arzobispo D. Rodrigo), parece decaer en los siglos posteriores: sólo del repartimiento allí fechado en 1290 del tributo que prestaban las jude-rías del reino, se deduce la opulencia de aquella sinagoga (1); y la donación vitalicia que hizo de la villa Juan I á su prima Constanza, duquesa de Lancáster, hija y heredera del rey D. Pedro, al celebrar la paz con los ingleses en 1388, demuestra que hubo de parecer entonces dádiva digna de ser ofrecida en recompensa de un trono. Elevóla al rango de ciudad Juan II, y al de ducado Enrique IV á favor de Lope Vázquez de Acuña, sobrino del ambicioso arzobispo de Toledo; mas los Reyes Católicos en 1476 le obligaron á dejar su título y su posesión, uniéndola por siempre á la corona.

viéndose éste á prenderle por hallarse inferior en fuerzas, volvióse aquel protestando haber cumplido su palabra. Esta prisión de D. Nuño en Huete, no debe confundirse con la que sufrió dos años después en el castillo de Zurita en poder de Lope de Arenas.

(1) Este padrón, existente en el archivo de la catedral de Toledo, expresa por diócesis y pueblos lo que pagaban á título de servicio y de encabezamiento los judíos de ambas Castillas, ascendiendo el total á cerca de tres millones de maravedís, sobre cuyo dato se calcula que la población hebrea en aquellos tiempos se acercaba á un millón de almas.